

## UNA PALABRA TUYA

“No es nada, mamá, un pagafantas, como dicen por acá, que se me embravó sin motivo”, tranquilizó a la anciana mujer que acababa de oír de fondo por la magia del satélite que no se arredra ante distancias oceánicas las imprecaciones de un paciente que la tenían por motivo central de sus argumentos.

Edgardo se despidió de su madre de forma apresurada para impedir que el cretino que le exigía un parte de baja continuara mentándole a los muertos en la sala de espera y alborotando a la clientela con fabulaciones inquietantes: “Éste es un farsante, un embaucador, un encantador de serpientes... ¿No se han fijado ustedes en que ningún título cuelga de sus paredes? ¡Ésa es la prueba! Todos los médicos presumen de diplomas y empapelan sus casas con pergaminos timbrados de universidades de nombre impronunciable, pero este aguamansa sólo tiene bodegones, marinas y pierrots..., ¿dónde se ha visto dislate semejante?”. A las personas que desde hacía un par de años confiaban su higiene mental al doctor Edgardo les bastaba con la discreta placa plateada que adornaba la puerta de su consulta particular (“Don Edgardo Villamil Taipe. Doctor en Psiquiatría”) para hacer oídos sordos a los gritos de ese energúmeno que evidenciaba que ni el mejor especialista era capaz de controlar las crisis de ciertas patologías. Edgardo derrochó proverbial paciencia en una y otra sesión para explicarle que él, a diferencia de otros colegas, ni recetaba pastillas ni hacía caso de papeles que requiriesen sello y firma. La nutrida concurrencia de su sala de espera lo tenía por insustituible gurú gracias a tal proceder; llegaban cuarentones con comportamiento de lobotomizados, les cambiaba toda la medicación por hierbas exóticas, recetas de cocina afrodisíacas, lecturas infantiles, visionados de colores y audición de músicas que tan pronto decían relación con el jazz como mostraban clara influencia de la New Age, y su percepción de la vida mejoraba como por ensalmo. Así era el doctor Edgardo, y a quien no le gustasen sus métodos que continuara buscando en las páginas amarillas en el apartado de psiquiatras. Angelina llegó a su diván padeciendo importantes episodios de alucinaciones que la abocaban a la depresión. Afirmaba que cuando encendía la luz del vestidor y los halógenos iluminaban el espejo del

armario principal el espectro de su suegra se reflejaba en él al tiempo que empezaban a filtrarse gemidos desapacibles por el desagüe del lavabo, horrendas risotadas se instalaban en las esquinas de los techos de todas las habitaciones -en particular de la alcoba- y la temperatura de la casa descendía al menos diez grados. Acto seguido el fantasma de su madre política, sin abandonar -¡menos mal!-, las aguas del espejo, enumeraba en lenguas muertas que, sin embargo, se entendían a la perfección, la lista de defectos que elevaban a la pobre sufridora de las alucinaciones a la categoría de perfecta candidata para conseguir que su unigénito, sufrido donde los hubiese, se convirtiese en el paradigma de casado infeliz por marido insatisfecho. El doctor Edgardo recetó a la feble dama generosas raciones de morcilla de Burgos y butifarra empiñonada del Penedés regadas con cualquier vino de tetrabrik cuyo coste no superase los cuatro euros. Le prohibió cualquier otro tratamiento que no incluyese la alternancia de paseos vespertinos por el campo con encuentros sexuales prolongados, a poder ser con el esposo, por aquello de no recidivar escrúpulos. Las alucinaciones no desaparecieron por completo, ahora sostenía la mujer que cuando se adentraba en el vestidor no sucedía nada, estuviese la luz encendida o apagada, en cambio, al abrir la puerta del frigorífico sonaba el timbre del portero automático, se vaciaba la cisterna del retrete y se encendía la radio ofreciendo de modo invariable la canción de Elvis *You are always on my mind*, por no hablar del placentero hormigueo eléctrico que se dejaba sentir al sur de su vientre, satisfacción no tan intensa como un orgasmo, si bien más continuada y lograda con esfuerzo nulo. El más interesado en que Angelina prosiguiese su novedoso tratamiento fue el marido, y no sólo porque volviera a verle dibujada la sonrisa en el rostro después de muchos años, sino por la increíble y espléndida reactivación de sus gimnasias maritales. Mención aparte merecía el no menos decisivo e inconfesable argumento de que también él había estado a punto de comenzar a escuchar los graznidos de su madre acuartelados en el vestidor. ¡A ellos iba a venir nadie a decirles que el doctor Edgardo no conocía su oficio! E incondicionales como Angelina y su consorte, decenas. Alberto era, tal vez, el más enfervorizado defensor de las técnicas innovadoras del psiquiatra por los muchos beneficios que de las mismas había recibido; nadie como don Edgardo había sabido arrinconar su psicosis en el lado menos molesto de su cerebro, y si continuaba asistiendo a las terapias había que buscar el motivo en molestias

menores para las que el doctor encontraba acertadas curas. Cuando experimentó la lacerante certeza de que al mentir, en lugar de crecerle las narices, se le ensanchaban las caderas su sanador no se empeñó en convencerlo de que se trataba de una ilusión, sino que enfocó sus esfuerzos a corregir sus hábitos mendaces.

- ¿Y ya se solucionó la dialéctica del otro día?
- Olvidada, mamá, de todo punto olvidada; el rufián no ha vuelto a aparecer, y no se me preocupe más por pequeñeces,.
- ¿Y cómo no? Me apenaría que hubiese vuelto a las andadas; júreme que corre más aprisa que los problemas.
- Cada semana le prometo lo mismo. Ya no sé el modo de convencerla de que tengo un buen trabajo, esquivo las polémicas y la gente me respeta. Soy feliz, ¿no es eso lo capital?

Edgardo no mentía cuando le hablaba a sus parientes del puesto que había obtenido por oposición en el Hospital Doce de Octubre, callaba la mayoría de los detalles, sin embargo jamás le confió a su madre nada que no fuera cierto. Existían muchas maneras de evitar enunciar sus funciones, por ejemplo; había desarrollado la habilidad de hablar sobre sus jornadas laborales durante minutos sin revelar ningún dato significativo. De haberlo hecho no habría tenido motivo de preocupación su madre, pues ganarse la vida en un país extraño como celador no constituía deshonra alguna y, aunque no dudaría en reconocer que no se trataba del puesto más acorde con la capacidad de su primogénito, agradecería que, al menos, sirviera para mantenerlo alejado de lo que tantos problemas le causó en Cochabamba hasta el punto de obligarle a huir del país.

De lunes a viernes, de ocho a tres, verdiblanco y despreocupado, recontaba sillas de ruedas, transportaba enfermos de las habitaciones a las consultas y quirófanos, distribuía material sanitario por las plantas, trasladaba cadáveres al mortuario y ayudaba a las enfermeras en el movimiento y aseo de los enfermos postrados para hacerles las camas, en especial de aquellos que por razón de sus dolencias o de sus grasas requerían un cuidado añadido. De lunes a viernes, de cinco a nueve, disfrazado de médico rural de los setenta, recomponiendo a cada instante con oficio el gesto reconcentrado de puro atento, atendía a sus leales sin más pausas que las ocasionadas por su secretaria para

anunciarle llamadas impostergables, categoría dentro de la cual se incluían todas las de su madre.

- No se me enserie, mi hijo, pero convénczame una vez más de que no ha vuelto a tropezar con la misma piedra.

Edgardo sonreía ante la insistencia y el tacto de la mujer:

- No tiene por qué hablar en clave, en España soy una persona respetada, inmensamente más anónima que en Bolivia, nadie me pincha el celular. Y por lo otro, para que se quede tranquila de una vez por todas, es decir, hasta dentro de un par de días, le secretaré que he tomado la precaución de trabajar de lo que no soy para no despertar la más mínima sospecha que me pueda llevar a la cárcel.

Al decir esto Edgardo recordaba su salida apresurada del país, su foto publicada en El Noticiero del Alto, la fría cédula de citación al juzgado, el pago de la fianza, las lágrimas de su madre. Resultaba inevitable que los recuerdos le punzasen el alma si mantenía la mente ociosa, por eso los fines de semana alternos memorizaba libros que utilizaba para diagnosticar y tratar dolencias psicológicas: El Principito, El amor en los tiempos del cólera, Matar a un ruiseñor, Verónica decide morir, Recetario taíno, Juan Salvador Gaviota, Manual avanzado de aromaterapia... Y, de forma invariable, dos fines de semana al mes los consagraba por entero a Lumila, su secretaria, aquejada de trastorno bipolar que se exacerbaba en los momentos de mayor expansión creadora, pues la chica trabajaba de madrugada redactando novelas para afamados escritores que pagaban sus letras, las mismas que tantos elogios y dividendos les reportaban, al precio de la miseria. Edgardo no trataba a Lumila, se nutría de su compañía y de su charla, tan escasa durante los días laborales. Es cierto que en alguna ocasión, por deformación y celo profesional, intentó un acercamiento que escapaba a la definición de relación de amistad con aspiraciones de algo más, y era entonces cuando Lumila replegaba sus encantos y se encastillaba en el mutismo. Ella era consciente de su enfermedad, la asumía, la controlaba en la medida de lo posible y... la necesitaba. Sin su trastorno había vivido de forma gris, no se había sentido protagonista de su existencia, no se le había revelado el mundo con una gama tan amplia de posibilidades a su alcance; sin su trastorno no se habría adentrado en los fascinantes vericuetos de la literatura y, sobre todo, no habría conocido a Edgardo. Con todo, estaría dispuesta a renunciar al trabajo que éste le

proporcionaba y al cariño con vocación de amor que rebullía en su interior si el doctor volvía a suplantar al compañero en esos oasis de charlas interminables que compartían en paseos crepusculares enmarcados en el Parque del Retiro. Ella hablaba de su infancia desgraciada, de su desgraciada adolescencia y de un abuelo que murió a los noventa y ocho años, virgen de cuerpo, que no de pensamiento, y con todas las muelas cariadas, pero en su sitio; él de colorines colorados, de enemigos inicuos e inocuos, de libros que presumía intensos por intonsos y de su desconfianza hacia todo tipo de mesías. Edgardo se explayaba acerca de los nidos de pelusas que se formaban en los rincones de su apartamento, cómo los dejaba crecer, acechándolos, para que la limpieza semanal fuese más gratificante. Lumila muñía a su aprendiz de enamorado descubriéndole que cuando tuvo el convencimiento de que no podía pasar menos de dos horas diarias delante del folio en blanco o del cursor parpadeante de la pantalla del ordenador, comprendió que había alcanzado, al fin, el estatus de escritora. A veces, al crepuscular la luz entre las ramas de los pinos (en parques domesticados sólo los árboles más altos disfrutaban ese privilegio) le urgía confesar que el trabajo que más penoso le resultaba y, al tiempo, más agradecía, era el encargo de convertir cuentos en novelas o viceversa, cobrando esto último el doble de caro, ya que aunque la extensión resultante era claramente inferior, el esfuerzo mental que le suponía se triplicaba. En justa correspondencia a tamaña confianza Edgardo admitía sin pudor que la más bella canción de amor que había escuchado jamás llevaba por título L.A., y la cantaba un curioso barcelonés al que apodaban Loquillo. “Hay un grito desgarrado y desgarrador -decía, apretando ligeramente la mano de Lumila-, que sintetiza y atrapa la esencia del amor; cuando chilla *Nena* sobran palabras y gestos, esas dos sílabas lo dicen todo de la manera más simple posible. Si alguna vez alguien gritase así por mí sabría que habría triunfado como persona”. A esas alturas apenas quedaban carcajadas infantiles flotando sobre las aguas del estanque, los patos llevaban tiempo soñando con ser cisnes, los cisnes con transformarse en libélulas y la escrofulosa luz eléctrica comenzaba a desdibujar la magia del paisaje, de modo que la pareja decidía huir hacia el tráfigo de la ciudad para que en sus retinas no se diluyese la maravilla que acababan de contemplar. Luego se refugiaban en cualquier restaurante chino para cenar, donde instalaban su atalaya de observación de la especie humana y al amor de unos cuantos sorbos de sake

continuaban desnudando sus almas. “ Es la invasión silenciosa -decía ella señalando a las solícitas camareras orientales-, se me antoja que incluso la política en materia de adopciones del gobierno chino no es sino una forma sibilina de diseminar por el mundo pequeñas infiltradas que al eclosionar servirán a los fines del Partido”. “Aquél -decía él, apuntando con el mentón a un jayán que pedía la cuenta como si hubiese estado ensayando en un bar de camioneros- tiene maneras de prestidigitador desprestigiado o de ilusionista desilusionado”. Tarde o temprano sus divagaciones confluían y saltaba la chispa, era cuando sus pensamientos se conectaban y ninguno concebía que pudiese existir mejor ocupación en el mundo que la de intercambiar palabras, gestos y miradas sin solución de continuidad. Por lo general desembocaban en comentarios sobre los pacientes. Edgardo los analizaba en lo que él llamaba sala de disección y que el común de sus colegas y los diccionarios mismos conocían por consulta; Lumila hacía lo propio, con infinita discreción, en la sala de espera. Charlas enriquecedoras, intercambio de información valiosísima para ambos. Edgardo había comentado en alguna ocasión que quien más sabía sobre Dios era la mujer del teólogo. Por aquel entonces la secretaria, confidente, compañera, admiradora no lo conocía lo suficiente como para no interpretar la expresión como una confesión de machismo, como una pura descalificación de la mujer, como la adjudicación del insulto de cotilla al género femenino; con el correr del tiempo supo darle su exacto significado, opuesto a su primera impresión: una mujer se implica tanto en los asuntos que preocupan a su marido que acaba sabiendo más que él mismo sobre ellos. Edgardo y Lumila no eran matrimonio, si bien podía aplicárseles la sentencia del teólogo. El psiquiatra reflejaba en la secretaria sus intuiciones más volubles sobre determinados pacientes para que ella se las devolviese confirmadas o desestimadas sin necesidad de razonamientos explícitos, a veces sin mediar siquiera palabras; idéntico experimento osó emplear teniéndose a sí mismo como sujeto activo y pasivo a un tiempo, acaso con la ilusión de que Lumila se animase a imitarlo y profundizar así en los orígenes y alcance de su inestabilidad. En esos trances Lumila ejercía de azogue del profesional. No otra explicación había que buscar en el hecho de que todo un doctor en psiquiatría (y celador por oposición) contase a una casi adolescente sus dos mayores secretos: ejercía ocasionalmente como comprador misterioso para la firma australiana *Gapbuster*, y en Bolivia pesaba sobre él una orden de busca y

captura por cuatro delitos continuados. Lo asombroso de su empleo en la empresa de control de calidad de multinacionales de comida rápida no radicaba en el hecho en sí, sino en la manera tan pintoresca que se gastaba a la hora de completar sus evaluaciones. Las llamaba escuela de formación continuada, y las utilizaba, amén de para escudriñar el comportamiento humano en condiciones extremas (servir hamburguesas durante diez horas con la obligación de no descomponer la sonrisa artificial del rostro lo eran), con la finalidad de prodigar caridades a menesterosos de espíritu. Si en el cuestionario que había de rellenar después de completar la compra en la franquicia a evaluar interesaban calificar la amabilidad del personal Edgardo disimulaba los matices desabridos que hubiesen podido dejar entrever los dependientes en su explotación y, en su siguiente visita, contraviniendo las normas, les advertía que corrían peligro de ser despedidos a causa de su justificada desidia en el servicio. Como quiera que la mayoría lo tomaba por bromista no le quedaba más remedio que abrir su cartera y mostrar el carné de comprador misterioso acreditado por la G entrelazada con la P sobre un campo de sinople jaquelado de gules. Quien más quien menos había oído hablar de *Gapbuster*, mas todos pensaban que se trataba de una leyenda urbana, de otro más de los ardidés de los capacitadores de la empresa para lograr mayores rendimientos por el sistema de la constante e invisible intimidación. Para su sorpresa Lumila no hizo bueno el tópico de la curiosidad femenina y centró sus admirativos comentarios en este asunto, obviando cualquier observación sobre su condición de delincuente en el extranjero con la naturalidad de quien esquiva un excremento canino en mitad de la acera. Para infortunio de Edgardo no todo el mundo hacía gala de la misma munificencia ignorando miserias ajenas. El pagafantas acreditado volvió a la carga presentándose una vez más en su consulta. Un ultimátum, el definitivo: “Como paciente y amigo soy un desastre, lo reconozco, pero como impaciente y enemigo lo bordo; avisado está”. Ese fue el broche de oro que siguió a la enésima negativa del doctor de extenderle una baja laboral por un falso cuadro de neurosis desencadenante de distimia, ciclotimia y fuga psicógena. Al disconforme paciente sólo le faltó dictarle el tratamiento a prescribir. Lo primero que aprendió Edgardo en el trato con enfermos mentales fue que a los que realmente lo estaban lo que menos les importaba era la consecución de una acreditación de sus achaques. Antonio Bermúdez representaba el exponente típico de bellaco contumaz al que no duelen prendas

en seguir cobrando de la Administración sus correspondientes emolumentos por quedarse en casa aquejado de imaginarios males. En su país -cavilaba Edgardo- ni la gente de posibles maquinaba algo tan rastrero, los había incluso que trabajaban sin poder para evitar precisamente que pensarán de ellos que pertenecían a la inextinguible estirpe de los aprovechados. En Bolivia todo era distinto; se reía Edgardo por no llorar, o por no montar en cólera, de las eminencias en psiquiatría que aseveraban que los pobres son menos proclives a padecer enfermedades mentales por la sencilla razón de que cuando no se tienen cubiertas las necesidades básicas el ser humano emplea toda su atención en satisfacerlas. Su experiencia le demostraba todo lo contrario, cuanto menos se tiene, más fácil es caer en la insania, con mayor motivo se derrumba uno ante tanta desesperanza por más que los esfuerzos por disimularlo sean exitosos a fuerza de práctica. Así mismo se explayaba ante una viejecita a la que acompañaba en espera de que su hijo llegara a recogerla tras haber obtenido el alta de los médicos. Hacía media hora que su turno como celador de planta había concluido, sin embargo le pareció inmoral dejar a la pobre mujer arrinconada en una silla de ruedas que no necesitaba a la entrada de urgencias. Temía que por cualquier motivo nadie fuera a hacerse cargo de ella y terminara sus días formando parte del mobiliario, como el paragüero, el extintor de incendios o el cenicero (algunas auxiliares incluían en esa categoría al vigilante de seguridad). Cansados ambos de contar entradas triunfales de ambulancias y de diagnosticar por el aspecto a las personas que salían de ellas como jonases de modernas ballenas, iniciaron una enjundiosa conversación eludiendo el manido leitmotiv de la climatología. Pronto supo él que doña Elvira acumulaba en seis meses cuatro ingresos hospitalarios por intento de suicidio maquillados en el parte de urgencias por la recurrente frase “Hemorragia abundante”; y pronto supo ella que Edgardo pertenecía a la plantilla misteriosa de *Gapbuster*.

- ¿Cómo así? -el turno de aclaraciones lo abrió el celador en el ejercicio de horas extraordinarias que nunca le serían pagadas ni reconocidas.
- Mi hijo tiene una reputación que mantener, además de muchos contactos, por eso no le resulta difícil que nadie diga que lo que quiero es morirme y se falseen los motivos de mis continuos ingresos.
- No, señora, me refiero a que por qué se empeña en matarse.



- Pues porque todo lo que tenía que hacer en esta vida, hecho está. Ahora sólo estorbo. Si en lugar de sobrarme el dinero tuviese que esforzarme por conseguir día a día el pan con el que no morirme, seguro que no me habría cortado tantas veces las venas.

En ese punto fue cuando Edgardo intercaló su inesperada diatriba contra ella y contra cuantos defendían una tesis semejante. A la distinguida señora le llamó la atención la impertinencia de la reacción de aquel celador de rasgos indígenas que en lugar de compadecerla o intentar animarla con piadosas recomendaciones le echaba en cara su comportamiento. Su hijo había despedido a varias de sus amas de compañía por mucho menos. La sinceridad o la sorpresa provocaron que doña Elvira abriese el compartimento de las confidencias, sin saber siquiera que se encontraba ante todo un doctor en psiquiatría. Por ellas supo éste que su importantísimo hijo, el mismo que debería haberla recogido hacía una hora, la tenía entre algodones, pero con mando a distancia. Podían pasarse las semanas sin que él apareciera para prometerle unos besos o preguntarle por sus petunias. Podían pasarse los días sin que él la llamase para preguntarle por sus besos o prometerle unas petunias. Y siempre que intentaba ponerse en contacto con él le recitaba su secretario que el señor estaba reunido o en mitad de una vista. Nada le faltaba, salvo el cariño de su única familia y la necesidad de sentirse necesitada. Fiel a sus métodos y temiendo que el esquivo hijo don importante apareciese de improviso (tenía por cierto que los impuntuales acarreaban también el defecto de la inoportunidad) ensayó una terapia de campaña. Sintetizó su historia amañando la verdad con la pericia, constancia y sufrimiento de quien doma unos zapatos nuevos para evitar que doña Elvira siguiera acumulando pulseras de cicatrices en sus muñecas. “A menudo yo también sucumbo a la manigua de mis peores pensamientos y me da por desear la muerte -se sinceró-; si no me quito de en medio es porque no tengo su arrojo. De verdad le digo que en esos momentos, si tuviera quien me suicidara le estaría muy agradecido a la providencia”. El guión maquinado por Edgardo indicaba que acto seguido despuntaría la vena maternal de la anciana. Así se cumplió: “Un hombre joven como usted, sano, fuerte..., vamos, vamos..., quite, ¡qué tonterías está diciendo!”. El psiquiatra tensó la situación:

- ¿Y de qué me sirve eso si no tengo a nadie con quien compartirlo? Mi vida, señora, y perdone la crudeza, es una mierda. Si usted supiera... Me veo

obligado a disimular como celador, a fingir que soy quien no soy para que me dejen en paz. No voy a aburrirla con todas mis cuitas porque estaría un mes llorándole en el hombro. Además, ¿cómo me dice usted eso si está en mi mismo caso?

- Bueno..., sí..., ahí tiene toda la razón -masculló-; la sartén le está diciendo al cazo que está muy tiznada.

Edgardo no entendió el castellano refrán, pero sí el gesto de doña Elvira. Y no le gustó. Se estaba desmarcando del guión.

- Claro, que yo he sido igual de hipócrita con toda la cháchara sobre pobreza y depresión...
- No, eso no -atajó con brusquedad- de hipócrita nada, por lo menos yo, lo que le he dicho me ha salido del alma. Entiendo que mis actos no respaldan mis palabras, lo entiendo, pero he sido completamente sincera al hablar.

Edgardo rebuscó en el repertorio de sus expresiones hasta hallar la indicada, la que intentaba mostrar desconcierto y asombro con un toque de cinismo, gesto harto complicado que apenas había tenido que emplear desde que abandonara Bolivia y cuya consecución traía aparejadas, no siempre, migrañas y flatulencia:

- No sé, en fin, no me tome a mal, pero no termino de comprenderla. No me quiero comparar con usted ni hacerme la víctima, no obstante la encuentro algo egoísta.
- ¡El colmo! ¡Hipócrita y egoísta! ¿No tiene mejor distracción que dedicarse a insultarme? -los gritos de la mujer alertaron al vigilante de seguridad, que giró los ojos sin mover la cabeza, como los búhos, para alejarse unos pasos de su puesto de guardia por no tener que intervenir si el escándalo iba a mayores, haciendo mala la creencia de las auxiliares sobre su condición vegetal.
- Usted tiene la vida resuelta y podría ayudar a los demás. Yo no, ni siquiera soy capaz de ayudarme a mí mismo, pero sigo peleando. Escúcheme bien, si a mi todas las semanas alguien me enviase una carta, aunque fuese una cuartilla en blanco, derrocharía alegría. Ya ve con qué poco me conformo, qué fácilmente se curarían mis males. A usted, por lo que me cuenta, no le falta quien le lleve el desayuno y le de los buenos días, quien la acompañe a la peluquería, quien...

En ese instante hizo su aparición un treintañal con cara de velocidad y traje de mil cuatro cientos euros (a juego con un maletín de exquisito cordobán) para excusarse con alharacas por la tardanza: “Un atasco, un asunto impostergable de última hora, un atasco, un atasco, lo siento, mamá, imposible, el tráfico está imposible, y no había cobertura, un atasco...” . Casi la cogió en volandas arrastrándola hasta el taxi. Doña Elvira sonreía, complacida. Estaba disfrutando de sus instantes de afecto, las migajas de los dividendos efusivos que recogía cada dos o tres meses gracias a su afición a las sangrías en los antebrazos. Edgardo la miró tras el cristal del asiento del copiloto dejándose achuchar por el hijo, orgullosa, pletórica, y vio al caniche que recibe las dos caricias semanales del amo que lo visita en su chalet de fin de semana donde permanece confinado desde que a los hijos dejó de hacerles tanta gracia como la vespino. Volvió sobre sus pasos don importante atareado para preguntar, displicente, si tenía que firmar algo. Don nadie verdiblanco garabateó su nombre y dirección en el reverso de la factura de la última cena en el chino y, encontrando una sonrisa de composición más complicada todavía que la última mueca dedicada a doña Elvira, le pidió que le entregara el papel a su señora madre. Otra ambulancia -ojalá que preñada de jonases que pudieran narrar sus naufragios a los nietos- reclamaba a bocinazos el espacio ocupado por el taxi de doña Elvira. Su sonrisa tardó en difuminarse mucho más que el humo del tubo de escape del coche de alquiler.

Ese día Edgardo llegó tarde a su consulta porque al retraso ocasionado por la contumaz suicida sumó los minutos que se demoró en hablar con los suyos. No le importó que en su país la gente de orden todavía anduviese rumiando sueños, tras el encuentro con la anciana le urgía enviarle mil besos con rebaba a su madre. Aquella llamada fue celebrada por la doña con más alegría que el final de la guerra del Chaco, contienda en la que murió su abuelo y en la que le nacieron varios tíos póstumos y bastardos. El hijo pródigo, que no en llamadas, se adelantó a la habitual petición y juró que continuaba sin tener tratos con ningún tipo de problema interesándose a la vez, para capotear el tema, por la propuesta que la Asociación de Viudas del Alto, grupo presidido por su madre desde mucho antes de que muriese el marido, pensaba presentar al Gobierno acerca de que los niños fuesen inscritos en el Registro Civil con el apellido materno ocupando el primer lugar, ya que sostenía el Derecho que las madres

eran ciertas, y los padres presuntivos. Su madre le anunció que llevaba días forrando en terciopelo carmesí un ataúd que la municipalidad tenía previsto regalarle por sus muchos años de servicio altruista a la comunidad desalinizando pozas con renacuajos de sapos parteros.

Pese a su tardanza llegó puntual a la cita que el destino, ayudado por Antonio Bermúdez (ya para siempre pagafantas mayor en su particular imaginario), le había concertado con unos señores de porte atlético y discurso de opositor gangoso a notarías que se identificaron como adscritos al grupo cuarto de la policía judicial de Canillejas. El acabado de sus placas no tenía punto de comparación con la primorosa ataujía que ribeteaba en oro las iniciales de su carné de comprador misterioso. Ahí se evidenciaba una vez más el poderío creativo de la empresa privada frente a la adocenada política de la Administración pública en materia de diseño gráfico. Lumila había sabido despachar a los pacientes con tanto tacto e imaginación que si entre los parroquianos de la sala de espera se hubiese escondido algún crítico literario habría detectado al momento su innato talento para las letras. Tanto derroche argumental y florida fluidez verbal nada pudo, sin embargo, contra el celo laboral de los garantes de la ley. Imposible hacerles creer que don Edgardo había partido a leer unas conferencias en la Universidad de Viena acerca de una presunta explicación teotrópica del estado kenótico del Verbo Encarnado en su inmediata relación con fenómenos de histerias colectivas, lo que lo mantendría alejado de la madre patria por espacio de unas semanas o, incluso, décadas. Lumila capituló ante la paciencia u obstinación de los inspectores, sólo comparable a la de los damasquinadores antiguos (en la mente de la muchacha se dibujó un símil en el que no intervenían orfebres y sí acémilas). Y a punto estuvo de arrancarle la oreja de un mordisco a uno de los intrusos cuando se abalanzaron sobre el sorprendido alienista como si de un peligroso malhechor se tratara. Edgardo, repuesto en parte del susto provocado por el agresivo recibimiento de tan inesperado comité, atinó a calmarla con una frase que no obró la gracia de que cantara por tercera vez gallo alguno, mas sí de que Antonio Bermúdez experimentara el prurito irrefrenable de besar a quien acababa de denunciar: “Quien a empaste mata, a empaste muere”. Horas más tarde la secretaria recordaría lo que no había sucedido, la entrega de diez monedas de oro por parte de los uniformados al infausto pagafantas. Lo que más sintió Edgardo de su encarcelamiento fue el

desbarajuste que provocó en las ciclotimias de Lumila, mucho más que el escarnio público al que fue sometido en los medios de comunicación por su condición de falso psiquiatra y verdadero celador, dos distintas naturalezas en una sola persona. El magnetismo que irradiaban sus palabras y movimientos durante los alegatos que articuló en su defensa a lo largo de las sesiones del juicio tuvieron la virtud de predisponer a su favor a nueve de los diez miembros del jurado popular que lo absolvió de todos los cargos; el décimo de los juzgadores, gallego de Almería resentido con la casta sanitaria por haberle quedado cojo de ambas piernas -lo que en la práctica equivalía a ausencia de cojera- a causa de unas inyecciones administradas en su niñez por una comadrona de pulso distraído y afecta al calimocho, ese punto filipino, ese amargado, ese cantamañanas (adjetivos todos salidos de los labios de Lumila en sus declaraciones a la prensa) apoyó al fiscal en su pretensión de introducir un nuevo delito, que fue, a la postre, el que hizo que Edgardo trasladara su domicilio habitual de forma forzosa a prisión. La acusación particular no logró que el psiquiatra se derrumbase cuando presentó las pruebas que deberían de haber sido determinantes: su encausamiento penal por parte de la Corte de Justicia boliviana acaecida años atrás. En Cochabamba se le acusaba de usurpación de funciones, falsedad en documento público, fraude y estafa. Todos los cargos quedaron probados. Antonio Bermúdez añadió un completo dossier compuesto de fotocopias de El Noticiero del Alto en las que se daba cuenta de la increíble y triste historia del pérfido Edgardo y su madre acongojada. Edgardo dio por bueno todos los detalles, negando la mayor. Eso dijo: “Nego maior”. Y, aunque nadie de los presentes, ni siquiera el juez, había estudiado latines, aunque ni el más culto de la sala entendió a qué se refería el acusado con aquella extemporánea declaración, fue tal el convencimiento con que pronunció ambas palabras que nadie fue capaz de quitarle la razón. Era, por tanto, cierto cuanto decía el cochabambino diario, don Edgardo Villamil pertenecía a la clase alta de la región gracias a sus estudios -doctor en ingeniería técnica superior de caminos y montes, licenciado en ciencias económicas y diplomado en turismo-, gracias a su cuna -hijo del comisionado emérito de la Sierra Sur-, y gracias a sus negocios -propietario único de la compañía de gas natural Vapores Santa Cruz-. El prócer disfrutaba de su privilegiada situación cuando alguna disfunción psicológica que nunca llegó a ser tratada lo abocó a la perdición, de un día para otro dejó de

ocuparse de su emporio y de sus disipadas diversiones y mandó levantar una recoleta clínica donde comenzó a ejercer como psiquiatra aficionado y gratuito. Carecía de titulación, carecía de permisos, carecía de vergüenza. Mas las autoridades hacían la vista gorda ante lo que consideraban la enésima excentricidad pasajera e inofensiva de don Edgardo. La clínica funcionaba a máximo rendimiento, en sus comienzos porque todo el que se prestase a dejarse psicoanalizar por el doctor recibía una empanada de mandioca cualesquiera que fuesen sus achaques; en sus postrimerías, cuando dejó de percibir retribución alimenticia la legión de hambrientos que alternaba la venta de su sangre al Banco de Transfusiones -Vampira, en germanía- con las visitas al doctor Villamil, por mor de la fama que alcanzaron los singulares tratamientos de don Edgardo y de sus insólitos resultados. En su sala de espera compartían revistas políticos y zahoríes, narcotraficantes y quincalleros, meretrices y adoradoras de los sagrarios abandonados. La clínica se convirtió en un santuario laico donde encontraban consuelo y solución desahuciados de espíritu y dementes mal tratados y maltratados. Las protestas del gremio de psiquiatras ni se hicieron esperar ni se hicieron valer; los mandamases no iban a incomodar con minucias a don Edgardo mientras les continuasen llegando las mordidas que todo empresario de posibles y de bien desviaba de sus beneficios a las arcas privadas de los desaprensivos gobernantes. Ahora bien, en el momento en que Vapores Santa Cruz dio en quiebra por la desatención de su propietario y éste, en un gesto magnánimo, traspasó al Estado lo que todavía se mantenía en pie de su antiguo imperio para poder dedicarse sin distracciones a su verdadera vocación, la de reconducir almas atormentadas, quienes vieron esfumarse el tintineo de cohechos y sobornos que tan melódicos les sonaban, se juramentaron en su contra. De nada sirvieron las influencias de algunos de sus poderosos pacientes, la plata era la plata. A muerte con él. Don Edgardo Villamil llegó a reconocer que en su descargo no podía presentar certificación académica válida, pero sí mucha voluntad y perspicacia. Se cavó su tumba. Ni la extrema sinceridad lo sacó del apuro: “Quienes hemos padecido alguna enfermedad sabemos tratarla infinitamente mejor sin haberla estudiado en los manuales que quienes habiendo memorizado tratados y tratados jamás han sufrido sus síntomas”. Entrelazó los crisantemos de su corona de flores. “Yo he visto a familias deshechas de mineros, de mis propios trabajadores, por culpa de una simple depresión que mejoraría con

un seguimiento adecuado. Yo no podía continuar jugando a los negocios mientras el mundo se les venía encima”. Eligió las vetas del mármol de su lápida. Y antes de que la Corte de Justicia le cantase el *requíescat in pace* empacó tres recuerdos, besó a los suyos y huyó a la madre patria. Sabía que los tentáculos del ministerio correspondiente de Bolivia no se molestarían en extenderse tanto como para intentar darle alcance, sus paisanos andaban abonados al dicho de a enemigo que huye, puente de plata. Durante el trayecto hacia Madrid, en un destello de lucidez que coincidió con el espectáculo inaudito y simultáneo de un ocaso vislumbrado por la ventanilla derecha del avión y un amanecer por la izquierda, admitió que tan paulina conversión podía deberse tanto al mal del soroche como a auténticos remordimientos por su condición de explotador del pueblo llano. Volvió a exponer tal intuición, todavía sin rematar, en una de sus charlas con Lumila: “Cada semana marchaba de la sierra al llano y del llano a la sierra al menos cinco veces, el cambio de altura, de paisaje, de presión, de horizonte debieron de afectarme hasta desencuadernarme las neuronas. Oxígeno a mares, polución extrema; cholos famélicos, colegas tripudos; cabañas miserables, casino Luis XV; sopa de nada con la sombra de un pavo, desfile de entrecots a las finas hierbas; miseria esperanzada, abundancia sin horizonte...”. Un remedo del mismo discurso fue del que se sirvió Edgardo (ya nunca más don Edgardo desde que la policía judicial desatornillase de la puerta de su consulta la placa con su nombre y tratamiento) para mover los corazones del jurado popular. El broche del alegato, respetando comas e inflexiones, fue como sigue: “La evidencia no me niega lo que a ninguna Universidad solicité; yo no tengo título de psiquiatra, pero lo soy”. Un griterío inaudible coreó su apostilla. Lumila, en las últimas filas de la sala apuntó mentalmente que aquella era la antítesis del ejemplo clásico de oxímoron, un silencio atronador, y decidió emplearlo en su próximo cuento. El gallego resentido, que compartía tic nervioso con Antonio Bermúdez y tal vez algo más, no se dejó embaucar por el falso facultativo. El magistrado tampoco y, si en la primera ocasión absolvió al imputado, a quien creía conocer y no era capaz de recordar de qué, no obró de igual modo en la reapertura del proceso. Entre los miembros del jurado figuraba de tapadillo un antiguo paciente de Edgardo, un fontanero que se soñaba lirón careto e hibernaba incluso en agosto faltando a sus obligaciones profesionales, que gritó “¡Protesto, mi señoría!”, al escuchar la sentencia: “Este tribunal ha de condenar y condena a

don Edgardo Villamil Taipe por los cargos interpuestos contra él. Se le impone una pena de dos años y tres meses de reclusión en un hospital psiquiátrico penitenciario por haber ejercido de celador careciendo de la vocación adecuada, pese a tener aprobado el oportuno concurso oposición”. Lo que en Bolivia no habían conseguido se logró en los tribunales españoles: descornar la flor. Lumila quiso impugnar el proceso al descubrir, tirando del hilo de su intuición, que el denunciante, Antonio Bermúdez, sería en su próxima reencarnación hijo adoptivo del gallego de Almería que formaba parte del jurado.

No se admitió a trámite el recurso por defecto de forma.

Cuanto pudo hacer la secretaria por su amado fue ir postergando las citas de los pacientes y atendiendo las llamadas de la que estaba llamada a ser su suegra. En sus vis a vis Lumila ponía a Edgardo al corriente de su correspondencia (había recibido una carta con una cuartilla en blanco que hizo sonreír al preso) y de sus comunicaciones. “Y ella me preguntó que qué tal todo, y yo le mentí que todavía no había vuelto de Londres, de impartir un seminario sobre dirección de explotaciones de gas natural, y se extrañó sobremanera, ya que arguyó que a santo de qué un psiquiatra ha de hablar sobre negocios mineros”. Fue tal la complicidad que se estableció entre ambas mujeres que la madre casi prefería hablar con Lumila antes que con el hijo, quien la llamó tan pronto pudo desde la cárcel para jurarle que continuaba sin meterse en problemas y que en cuanto pudiera le enviaría unas petunias y unos besos con rebaba. “Figúrese si acá me respetan -la tranquilizaba- que por fin han reconocido mi valía y el Estado ha decidido mantenerme sin contraprestación alguna. Los poderes públicos se ocupan de mi alojamiento, manutención y atención sanitaria. Suena a embuste, pero le juro por la memoria de papá que vivo a cuerpo de rey sin necesidad de trabajar. España es otro planeta”.

El juez que dilucidó el caso del falso psiquiatra no pudo olvidarse del sentenciado con la facilidad con la que despachaba los rostros de sumarios ya cerrados. Creía conocerlo y no era capaz de contextualizar su persona en el lugar correcto. Se había intentado sugestionar mil veces con la idea de que se trataría de un *dejà vu*, en vano. Se sentía como el espectador que no consigue recordar el nombre del conocidísimo protagonista y no disfruta de la película hasta que le viene a la memoria, por lo general segundos antes de los títulos de créditos. En la vida real no habría créditos que lo redimiesen de aquel desasosiego, insignificante



y dañino como una china en el zapato. A esa novedad hubo de añadir el asombro de la transformación de la madre, de depresiva y deprimente a jovial, hiperactiva y exultante. Un cambio menos desconcertante que agradable. Y se obró la maravilla, el juez, que huía de su madre como de los cólicos al riñón para no contagiarse de sus neuras, comenzó a necesitar su compañía por la razón inversa. Cuando menos atención le demandaba su progenitora más dispuesto estuvo él a prestársela. ¿Cuál era la razón de semejante cambio? Doña Elvira, que tal era el nombre de la anciana rediviva, había encontrado una motivación de peso para dejar de vegetar y de reconcentrarse en sus intentos de suicidio: un conocido que se encontraba privado de libertad por causas que no hacían al caso le había pedido que lo sustituyese como compradora misteriosa en *Gapbuster* con el fin de que decenas de tristes empleados no perdiesen su anodino y mal pagado puesto de trabajo. ¡Una iluminación!, el juez don importante lo recordó entonces: el falso psiquiatra era el mismo que había acompañado a su señora madre en el vestíbulo de urgencias y con el que ahora se carteaba. Sin saberlo había condenado a la única persona que supo devolverle las ganas de vivir a su madre.

Lumila abandonó por completo su trabajo de negra literaria forzada por la necesidad de poner al día las historias clínicas de los pacientes de Edgardo y de actualizar sus tratamientos, meticulosamente dictados por el psiquiatra. A la enojada clientela no le importó la condena de su gurú. La consideraron una equivocación, el enésimo error judicial del año. Continuaban telefoneando a Lumila, pidiendo cita aunque fuese para dentro de dos años y tres meses, y la secretaria mediaba entre enfermo y sanador. Ella apuntaba sus nuevos síntomas y escuchaba sus desahogos, que transmitía con fidelidad de grabadora a su prometido. Él dictaba estrategias y terapias que si se terciaba eran completadas sobre la marcha por Lumila. Cuando el tiempo de los vis a vis se les iba en requiebros amorosos y gemidos reumáticos de un colchón acostumbrado a gimnasias fornicadoras (y no siempre orgásmicas) no tenía más remedio Lumila que echar mano de sus propias observaciones de los pacientes para improvisar remedios. Con el tiempo casi todos fueron olvidando que la chica pizpireta que atendía la consulta del doctor Edgardo no era nada más que el eco autorizado de su jefe y la entronizaron de modo inconsciente como nueva diosa de la secta de los desheredados. Había gran verdad en tan oficiosa titulación, pues el maestro apenas se ocupaba ya de sus antiguos pacientes, en parte porque confiaba en la

capacidad de la discípula aventajada para sacar adelante el trabajo acumulado, en parte porque prefería emplear las comunicaciones con la que en breve sería su esposa para perfeccionar algunas posturas que les permitieran llegar no demasiado vírgenes al matrimonio. Sólo si el caso presentaba visos novedosos o apuntaba maneras de dolencia recurrente intervenía Edgardo; tal fue lo que sucedió con Rosalía Gil. Se quejaba la chica, pelirroja de redondeces exquisitas para el gusto de los caballeros y vulgares en opinión de las señoras, de que en su trabajo como jardinera municipal combatía las cuchillas de la escarcha abrigándose con versos de Benedetti y Galeano, sin poder evitar que se le cuartease el aliento a partir del vigésimo tercer poema. Rosalía siempre parecía venir del otoño y ella misma apuntaba como único remedio conocido la ingesta moderada de resolí elaborado por su abuelo. El problema se agravaba toda vez que el yayo acababa de fallecer y las provisiones étlicas de la jardinera estaban próximas a agotarse. Lo que no comentó la nueva paciente pero sí transmitió Lumila a Edgardo fue su condición de alcohólica reconocida, detalle más peliagudo que sus desajustes en el hálito. La veteranía estuvo por encima del trato directo, ya que el boliviano, con unas sencillas preguntas, acertó con el tratamiento:

- ¿Sabes si es católica?
- Parece ser que sí -apenas vaciló Lumila.
- ¿Te lo reveló ella o tuviste que sonsacárselo?
- No, no me lo ha dicho, intuyo que lo es porque siempre se siente culpable.
- Bien, entonces hazle entender que con el licor de su abuelo, dada su condición místico-medicinal, sucede lo mismo que con el agua bendita y otros ungüentos sagrados, transforman lo que tocan.
- No te sigo.
- Se trata de atemperar su adicción al alcohol sirviéndonos de las claves que nos ha facilitado, esto es, el resolí de su abuelo contra el aliento cuarteado. Por eso bastará con que le hables de que lo mismo que si una gota de agua bendita de tamaño infinitesimal se derrama en un lago, todo él se convierte en sagrado, si una sola gota de su resolí se vierte en una botella de agua ésta adquirirá idénticas propiedades curativas a las del licor original. Advértele, eso sí, que según los mistagogos el procedimiento sólo surte efecto con agua, no vaya a experimentar con ron añejo y sea peor el remedio que la enfermedad.

Lumila quedó maravillada de la sapiencia de Edgardo. Nunca lo conocería lo suficiente como para estar segura de que no continuaría sorprendiéndola con nuevas facultades. Edgardo era para ella como un infinito juego de muñecas rusas, cada vez más pequeñas todavía y precisamente por eso más sorprendentes en su diminuta y lograda perfección.

Al hilo de este remedio recordó la secretaria ascendida a facultativa el argumento de un cuento suyo en el que el protagonista, un químico agnóstico de ascendencia menonita, conseguía aislar una molécula de agua bendita para obtener su fórmula, siendo ésta Hache-Dios-O. Por temor a ser contagiado de catolicismo comenzó a evitar el líquido elemento en todas sus manifestaciones, duchándose con refrescos de cola que le descabalaban el presupuesto e ingiriendo zumos y agua de coco durante las comidas. El relato todavía no estaba resuelto, en esa fase se hallaba cuando pensó impostergable su dedicación total a la clínica. A veces desearía retomar, siquiera como divertimento, su trato con las letras, sobre todo cuando experimentaba el síndrome del folio en negro, incapaz el papel de dar cabida a tantas ideas aprovechables.

Otro motivo por el que Edgardo se servía de Lumila para llegar a sus pacientes del mismo modo que los bucaneros se servían del esquife para arribar a la playa -en poética metáfora que encandiló a la joven tras la consumación de su amor en el vis a vis que coincidió con el segundo solsticio que celebraban en los locutorios penitenciarios- era su necesidad de tiempo para meditar en los casos de sus nuevos pacientes. Era un dato que le había estado hurtando a la joven por temor a que lo considerara un reincidente incorregible, mas el amor incondicional no conoce de secretos y al final le expuso sus curiosas circunstancias dentro del módulo que ocupaba en el hospital psiquiátrico penitenciario. Nada más ingresar en prisión recibió la visita de un educador, de un trabajador social, de un jurista y de un psiquiatra que le explicaron con detalle los pormenores de su situación y de diferentes aspectos prácticos de la vida privada de libertad. Edgardo agradeció el recibimiento y se sinceró con el psiquiatra, jugándose el todo por el todo, previendo que aquella sería la penúltima estupidez que cometería antes de que marcaran su expediente con el sello de *carne de cañón*. No fue necesario que le explicase las causas por las que estaba añadiendo a su biografía una temporada entre barrotes, el psiquiatra las conocía, pero sí quiso glosarlas desde la objetividad que sólo posee el protagonista:

- Entiendo que usted no me va a creer porque todos mis nuevos compañeros le harán comentarios de este tenor, no obstante ha de saber que somos colegas, quiero decir que yo también soy psiquiatra.

Aguardó la reacción del que, a diferencia de él, dormiría esa noche entre sabanas ayunas del bordado "Hospital Psiquiátrico Penitenciario". Para su asombro no se le dibujó en el rostro un mohín de hastío, sino que achicó los ojos y entreabrió ligeramente los labios, lo que podía denotar interés o perplejidad.

- Explíquese, se lo ruego.

Táctica dilatoria o disuasoria, caviló Edgardo sintiéndose conejillo de Indias de sus propios métodos. Pero se equivocaba, el funcionario estaba realmente interesado en saber por dónde despuntaba aquella historia. No se hizo rogar y se lanzó a tumba abierta cuidando de omitir los matices que más inverosímiles pudieran resultar a oídos de un extraño. Su narración adoleció de sincera, una exposición florida y cautivadora muy en la línea del estilo hipnótico de Edgardo, una exposición que plagió el final del alegato que empleó en su juicio: "La evidencia no me niega lo que a ninguna Universidad solicité; yo no tengo título de psiquiatra, pero lo soy".

El verdadero psiquiatra se pinzó el mentón con el índice y el pulgar y se rascó una barba inexistente. Enfrentaba la mirada del interno de un modo que Edgardo no supo calificar mejor que como neutro. De haber estado presente Lumila no podría dejar de haber apuntado que el clásico oxímoron sí era entonces procedente, pues un silencio atronador martilleaba los tímpanos de ambos hombres. Edgardo precipitó el final, perdida la esperanza de que difiriese del que vivió en la Audiencia Provincial.

- No me cree, ¿verdad?
- El suyo es un caso de manual; cualquier otra persona lo tomaría por desequilibrado, sin embargo, yo sí le creo.
- ¿De verdad?

El funcionario asintió:

- Le creo porque estoy en una situación muy parecida a la suya. Por eso no le escondo que se equivoca al decir que somos colegas. No lo somos.

Edgardo volvió a pisar tierra, estaba jugando con él, para lograr su favor lo pretendía envolver con silogismos cornutos tan denostados por la Escuela Conductista. Una transmutación de la *captatio benevolentiae*, un recurso de

principiante, una chapuza impropia de un profesional, un insulto a su inteligencia, una chiquillada que a él no se le habría ocurrido utilizar ni con la crédula Angelina cuando era visitada por el espectro de su suegra en el espejo del vestidor. Edgardo comenzó a escuchar en su interior *You are always on my mind*, eso fue lo que lo salvó de hilvanar una batería de refinados insultos dirigidos al ego de su terapeuta, quien continuó su intervención:

- No somos colegas. Usted trabajaba de celador para disimular que en realidad era psiquiatra; yo trabajo de psiquiatra para encubrir que realmente lo que soy es escritor. Ya lo ve, no somos colegas, si bien nuestra patología es casi idéntica. Al igual que usted aprobó la correspondiente oposición para trabajar en el hospital, yo hice lo propio para entrar en el cuerpo de facultativos de Instituciones Penitenciarias; si se descubriera que llevo una doble vida como escritor es probable que mis compañeros me hiciesen el vacío o acaso me llegaran a incoar expediente disciplinario.

Edgardo lo escuchaba boquiabierto, no sabía a qué carta quedarse. Estaba llevando demasiado lejos su actuación. Por otra parte, detectaba sinceridad en los gestos del funcionario. Éste debió advertir sus dudas, ya que le espetó:

- Es usted el que no me cree, ¿me equivoco? Normal, dadas las circunstancias. Puedo aventurar lo que pasa por su cabeza: “Este matasanos me está envolviendo con la trece-catorce”, ¿a que sí?

Edgardo se encogió de hombros, como un niño pillado in fraganti a la puerta del frigorífico con los labios tiznados de chocolate.

- No se preocupe, le demostraré que no juego con usted. ¿Qué le parece si le cedo mi puesto en el módulo para despejar sus resquemores?
- ¿A qué se refiere?
- Está bien claro, a partir de mañana usted se ocupará de la salud mental de sus compañeros, lo acabo de nombrar psiquiatra de este módulo. Excuso decir que no tendrá acceso a ningún tipo de medicación, pero según me ha contado eso no supone ningún problema añadido, ¿qué le parece?
- ¿Y si me descubren? Quiero decir que sus superiores no verán con buenos ojos este experimento.
- Por eso no se preocupe, precisamente lo presentaré como eso, como un experimento. Gracias a Dios tengo toda la libertad del mundo para tratar a mis

pacientes..., perdón, a sus pacientes. Si decido que lo mejor para su curación es que me sustituya, ¿quién me lo rebatirá? El director no entiende de terapias, en eso estamos a la par.

Como quiera que nada tenía que perder, decidió prestarse a lo que no terminaba de parecerle sino un juego, admitiendo con el tiempo que el psiquiatra titular no le mentía, que le había traspasado todos sus poderes y era él quien llevaba las riendas del módulo en lo atinente a tratamientos mentales. Una vez a la semana se reunía con el facultativo acreditado para guardar las apariencias e intercambiar pareceres. Las aportaciones del titular eran paupérrimas: “El interno Santana Méndez dice que es la reencarnación de Hitler, pero a mí me da que, en todo caso, lo sería de Goebbels..., lo digo por la estatura y su tipo pícnico. Y a Camacho Oliveros no hay quien le cure la fijación de que por culpa de su familia desestructurada pertenece al crimen desorganizado”.

Edgardo conoció nuevas patologías y amplió su caudal sintomatológico hasta límites que meses atrás se le habrían antojado pura ciencia ficción. Él, feliz; y el psiquiatra, inmensamente feliz por las continuas felicitaciones que recibía por parte de la dirección. El gasto en medicación había disminuido de forma brutal, los altercados dentro del módulo se espaciaban, el ambiente entre los internos mejoraba a ojos vista. Una delicia. Ocupado como estaba apenas era consciente de que cumplía injusto cautiverio, y lo único que le dolía era la separación de Lumila. Sus comunicaciones se ampliaron tanto en número como en duración, era lo menos que podía hacer el psiquiatra para recompensarlo por todo cuanto estaba haciendo por él. Un aumento del cupo de encuentros entre ambos y la aceleración de los trámites para que pudiesen contraer matrimonio en la prisión, ceremonia que ofició el capellán teniendo por testigos al director y a un interno que cumplía condena por estafa (era notario y esquizofrénico). Edgardo sabía que ese día tenía que llegar, lo dio por hecho cuando, en las puertas de la Audiencia Provincial, tras el juicio, Lumila, con una pena inconsolable y lágrimas cortineando sus pupilas, le gritó mientras lo esposaba la fuerza pública: “¡Neneeeee!” (de entre todos los presentes sólo él escuchó de fondo la melodía de Loquillo).

El capellán, a instancias del guiño del director, accedió a variar la fórmula del rito matrimonial, tal y como habían pedido los contrayentes; en lugar de preguntar por su mutua fidelidad en la salud y en la enfermedad, tuvo que

omitir la parte de la salud. Lumila y Edgardo querían continuar amándose en la enfermedad por siempre jamás, que nadie los curase de su trastorno bipolar ni de sus obsesiones pues tal vez, entonces, la pasión se derretiría.

Durante la noche de bodas, que se desarrolló de cuatro y media a ocho de la tarde, intercambiaron proyectos y confidencias. El psiquiatra del módulo, en secreto, se había inscrito en un taller de escritura para lograr algún título que le permitiera ejercer como literato sin miedo a represalias. Tomando su ejemplo Lumila había decidido matricularse en la Facultad de Medicina para especializarse en Psiquiatría; ella pondría el título y Edgardo lo usaría, de ese modo no vivirían en continua tensión por miedo al retorno al penal. Lumila confesó que había vuelto a la escritura, que era superior a su voluntad ignorar la llamada de los argumentos. “Es una idea que te bulle en la cabeza y a la que, sin querer, vas dando forma. La idea parece personajes y estos tejen sus historias que se enquistan en las conexiones neuronales. Si no las trasladamos al papel se acaban pudriendo en el cerebro y producen una ansiedad insufrible”, se justificaba ante su marido. “Además, tú saldrás muy pronto en libertad y podrás encargarte personalmente de todo, de manera que yo he de empezar a retomar mis antiguas ocupaciones”. A Edgardo le resultó simpática su ocurrencia de aprovechar casos clínicos para teatralizarlos en relatos cortos. El esposo de Angelina tomó el testigo de su psicosis y sorprendió a Lumila con la revelación de que siempre que subía a un taxi se apeaba de él habiendo envejecido unos meses. Ahí se escondía un argumento; Lumila varió los detalles en su literario trabajo para que nadie resultase reconocible. Al protagonista del cuento aplicó el mismo tratamiento que al marido de Angelina: realizar el recorrido en sentido inverso, a poder ser con el mismo taxi, para recuperar esos meses perdidos. El desenlace fue distinto en ambos planos, en el de la realidad la terapia surtió efecto sin ninguna condición añadida; en el de la ficción el taxista tuvo que desandar todo el camino marcha atrás, desafiando los rigores del tráfico y la amenaza de los municipales.

Edgardo continuaba recibiendo cuartillas en blanco de doña Elvira, a las que respondía agradeciendo la deferencia y preguntándole por su suplencia como compradora misteriosa. Continuaba también telefoneando a su madre, quien apenas lo atendía porque cientos de quehaceres (la cría de sapos parteros entre ellos) requerían su atención y todo cuanto pudiera decirle ya se lo aclararía con más aprovechamiento su nuera. El mundo al revés. Lumila había sabido

construir para la suegra una hermosa verdad argamasando antipáticas mentiras: “Edgardo -le dijo- tras estar un tiempo viviendo de la sopa boba por gracia del Estado, ha decidido volver a prestar sus servicios ejerciendo de psiquiatra voluntario en un hospital penitenciario”. La madre aflojó el estrecho marcaje que realizaba sobre el unigénito al saberlo bajo el poderoso influjo de moza tan convincente como adivinaba en Lumila.

Los meses transcurrieron y llegó el día en que Edgardo fue excarcelado. Antes de despedirse de compañeros-pacientes y del psiquiatra, atendió la súplica de éste de entrevistar a un nuevo interno que llegaba excesivamente agitado. Como era su costumbre Edgardo se situó a la espalda de la camilla que hacía las veces de diván donde Antonio, el nuevo, se explayó. Habló de remordimientos, de injusticias, de lo mal que estaba el mundo que hasta las gitanas se prostituían, de colchones anatómicos forenses, de jamones curados y cerdos heridos, de pesadillas en las que campesinos siberianos vendían en las carnicerías durante las hambrunas de principios de siglo los cuerpos de sus difuntos recientes, de incapacidad para el trabajo, de jueces corruptos. Entremezcló tantos temas con razonamientos tan laberínticos que tuvo Edgardo que reconducir con mucha paciencia su exposición para intentar hacerse una cabal idea del alcance de su demencia. Por ese camino llegó al conocimiento de que Antonio había recorrido las consultas de varios psicólogos y psiquiatras abrumado por el pesar de haber perjudicado a un justo, lo que lo imposibilitaba para el desarrollo su trabajo. Como quiera que ninguno se plegó a sus exigencias de extenderle la baja laboral los denunció a todos, con la mala fortuna de que el juzgador fuese el mismo que conoció del primer caso. Tal vez porque el magistrado tomase por vicio nefando su petición continuada de auxilio judicial, quizás porque leyó en sus pretensiones desacato manifiesto, acaso porque también sobre él gravitaba el remordimiento de haber encarcelado a un hombre inocente, su decisión fue condenar al demandante de resarcimiento penal, esto es, a él mismo. Y allí había acabado, preso y apresado por la culpa. A Edgardo no le hizo falta ver el rostro del paciente, desde el principio había sabido que se trataba de Antonio Bermúdez, el pagafantas. Si él era para Lumila un juego infinito de muñecas rusas, la vida era para él un único saco de la risa en el que dependiendo del lugar donde apretases sonaban carcajadas más o menos graves. Llegado era el momento de su venganza.



- Bien, entonces, ¿qué es lo que quiere?, ¿que le extienda una baja por enfermedad para librarse de la limpieza del patio y comedor? -engoló la voz para no ser reconocido.
- No diga eso, por Dios, lo que quiero es que me cure esta pesadumbre.

La carcajada que esperaba que resonase desde el cerebelo hasta el bulbo raquídeo no pasó de mero proyecto. Estaba asistiendo a una metamorfosis comparable en belleza a la de las crisálidas y en espectacularidad a la de los renacuajos. Antonio Bermúdez, el pagafantas, el castigador infatigable, el gandul por antonomasia ¡había cambiado!

Su último acto profesional en prisión fue el de darse a conocer al causante de lo que en principio debía de haber sido un cúmulo de desgracias y el tiempo demostró que no eran sino bendiciones. Antonio Bermúdez no daba crédito a lo que veía, con lo grande que era el mundo y había tenido que coincidir con el impostor en aquel cuchitril mal ventilado que servía de consulta carcelaria. Se echó a sus pies y le suplicó perdón de una manera harto peculiar: “Una palabra tuya servirá para sanarme, sólo una palabra, una palabra tuya, por favor”.

Edgardo lo aupó por los hombros temiendo que de un momento a otro se pusiese a lustrarle los zapatos con sus llanto y sus cabellos.

- Antonio -casi le susurró buscando el fondo de sus pupilas-, estás curado, yo no te guardo rencor alguno. Todo cuanto ha pasado ha sido para mi bien. Aprovecha tú del mismo modo tu estancia en prisión.

El atribulado neurótico repetía una y mil veces la palabra gracias y se reía entre hipidos, como cuando llueve y hace sol, como cuando se casa una bruja.

- Puedes irte, y en adelante no intrigues más.

Antonio abrazó a Edgardo y se adentró en el módulo como un Dios en su soledad, con el rostro sereno y los andares equilibrados. El psiquiatra no quiso romper lo idílico del momento con el grito que le pugnaba por salir: “¡Atiende!, que como me entere que vuelves a las andadas me ciscaré en tus muertos”.

Echó el postrer vistazo a las paredes de su consulta prestada, repletas de bodegones, marinas y pierrots, y despegó de la puerta un cartón con la inscripción: “Edgardo Villamil Taipe. Aprendiz de terapeuta”.

A las puertas del centro lo aguardaba su madre con un ramo de petunias y una docena de besos con rebaba; doña Elvira con su novio, un

octogenario magnate de la comida basura al que había conocido gracias a su dedicación como compradora misteriosa, y Lumila, radiante, preciosa e incomparable, con una fotografía de la primera comunión de la niña que llevaba germinando en su vientre apenas unas semanas.

A lo lejos, muy a lo lejos, los cisnes del Retiro continuaban barruntando convertirse en libélulas mientras las carpas mutantes del estanque cosquilleaban sus plumas.

Seudónimo: Tartarín de Tarascón